

LADRONES saquearon la casa-vivienda del antiguo ingenio Santa María, surgido en ¿1846? en las fértiles tierras de Ranchuelo. Los vecinos sufrían, pero nada contenía a los depredadores. Así aprecié dos años atrás. Pasó un tiempo y, de vuelta al lugar, el recinto, otrora local de la administración del «Ifraín Alfonso», permanece más devastado, en franco estado de desastre. Ya no alberga a directivos, o funcionarios, y trabajadores. Tampoco tiene moradores permanentes ni protección sistemática.

A pesar del deterioro y la desidia de los «buscadores» de fortunas, el inmueble todavía ostenta inigualables majestuosidades patrimoniales, dignas de un rescate y utilidad perspectiva. Al menos ya se vislumbra alguna intencionalidad.

Por aquellos pasillos transité en muchas ocasiones. Los interiores, aun cuando hicieron adecuaciones transitorias, tenían rarezas estructurales que tipificaron el gusto y la suntuosidad de la aristocracia cubana de finales del siglo xix. Dentro del contexto campestre la vivienda figuró como una ostentación arquitectónica en una municipalidad que arribó a los 280 años de fundada.

Las ruinas ahora impiden el recorrido «seguro» por interiores que mostraron las huellas de la historia. Pensé: ¿qué es cultura? La entiendo como la conciencia y la relación del ser humano con el mundo que le rodea, sus necesidades, aspiraciones o derechos para preservar desde el presente lo que vendrá en el futuro.

A la entrada de la fábrica destacan inmuebles con líneas art decó y eclécticas, pero la otrora vivienda descuella en originalidad. Los techos son rectos y artesonados, con empleos del cedro y la caoba americana, maderámenes definidos en la construcción. Son corridos los portales inferiores, y muestran predominio de rejas de hierro forjado, guardapolvos conopiales, repisas rectangulares y algunos vitrales. Los elementos se reiteran en balcones del segundo y tercer niveles. Fue la complacencia espiritual que convirtió al ingenio-central en fuente familiar de engrandecimiento económico.

A los dormitorios, en el segundo nivel, se ascendía por hermosas escaleras. Una del tipo de caracol, con pasamanos tallado, ensambles de bronce y piso de mármol blanco. Otra, de dos piezas, estaba concebida con madera preciosa.

Los portales, de techos planos, servían de miradores o terrazas de la vivienda y sus respectivas habitaciones. Desde esos lugares los moradores divisaban la industria y el batey azucarero, distante a unos 50 metros. Los pisos de la casona, en algunas habitaciones, sufrieron transformaciones en sus estructuras originales, pero todavía mostraban «determinadas» bellezas decorativas y el inigualable esplendor del mármol importado de Italia. Los baños eran amplios y abundaban en ambos niveles, con sus respectivas comodidades. Las bañaderas y lavamanos eran de hierro esmaltado y estaban empotrados en las anchas paredes armadas con ladrillos de barro cocido.

La casa-vivienda ¿jamás recuperará sus vetustas bellezas? Tal vez, pero no está desahuciada del todo, según una apreciación de las estructuras de la edificación. Solo que allí habrá que contener la búsqueda insistente del...

¿ARCA PERDIDA?

La hacienda-casa de vivienda perteneció al santanderino Esteban Isidoro Cacicedo y Torriente, empresario español asentado en la *Perla del Sur* en 1865. Allí formó sociedades mercantiles y comerciales. Un tiempo antes adquirió el ingenio Santa María y fomentó inversiones bursátiles.

¿Por qué el arca perdida en la casona de los Cacicedo y Torriente? La familia fue la única propietaria del ingenio hasta 1960, cuando la fábrica quedó nacionalizada. Los



Vista frontal de la casa-vivienda de la familia Cacicedo y Torriente. Está en áreas del ingenio Ifraín Alfonso, en Ranchuelo. Una reliquia ecléctica de la arquitectura doméstica. (Foto: Ramón Barreras Valdés).

Depredadores del patrimonio

■ Por Luis Machado Ordetx



El mármol blanco, importado, las embocaduras de bronce y la majagua americana desaparecieron del inmueble. Los ladrones «buscaron» monedas de oro, tal vez plata y joyas escondidas. Los depredadores no se detuvieron ante la vista de agentes de protección y los vecinos. (Foto: Manuel de Feria).

dueños eran acaudalados. Los capitales monetarios emularon con Laureano Falla Gutiérrez y el vizcaíno Nicolás Castaño Capetillo, considerados entre los más pudientes vinculados a las relaciones bursátiles y azucareras del país.

En el ingenio Ifraín Alfonso, los «buscadores», de día o de noche, sin interesarles la cercanía de la industria azucarera, rompieron los pisos de las habitaciones porque creían que, debajo de los mármoles, había oro y joyas... Hurtaron los marcos de madera y las puertas españolas, y hasta una bañadera fue desprendida de su sitio original. Por fortuna, hace poco, la dirección de la entidad azucarera decidió protegerla, ¿y por qué no los otros elementos de la edificación?

Los «rastreadores», como algunas veces ocurre, se nutrieron de una información salida del imaginario popular: los antiguos propietarios del ingenio por más de 11 décadas —¿1846?-1960— conservaron sus riquezas monetarias, joyas y otras pertenencias valiosas en cajas soterradas. Tal vez esa fue la razón de los destrozos que sufrió el inmueble, sobre todo en pisos, paredes y maderas, contó Orestes Valdés Mondejar, un octogenario nacido en las inmediaciones del batey azucarero, quien se dolía porque nadie ponía coto a los desafueros de rateros de «poca mon-

ta» y que medraron a costa del patrimonio arquitectónico.

Vuelvo a Cacicedo y Torriente, el antiguo propietario de la casona antes de la intervención por parte del Estado cubano de la fábrica de azúcar «Santa María», en Ranchuelo. De su historia antigua hay otras dudas. Luis J. Bustamante, en el *Diccionario bibliográfico cienfueguero* (1931), expone que fue inaugurado en 1846, mientras en el *Sugar Plantations in the Island of Cuba* (1850) no está registrada la instalación en Ranchuelo.

En *Triunfos y programas de la Federación Nacional Obrera Azucarera* (1945), declaran que el «Santa María» es de nacionalidad cubana. Aparece Esteban Cacicedo, de origen

español, como propietario. La fecha de fundación, dice el texto, ocurrió en 1849. Entonces, ¿a quién creer? Esa constituye la fecha más exacta. ¿Por qué? El libro *Sugar Plantations in the Island of Cuba* fue publicado en 1850. Por supuesto, no pudo recoger las fábricas que iniciaron la producción en el año precedente.

Otro elemento de incertidumbre lo ofrece el relieve de la campana de bronce. El implemento era utilizado en la antigüedad como anuncio y cierre de las labores agroindustriales, el culto religioso y contingencias mayores. Luego fue sustituida por el potente silbato en tiempos de molindas. Sin embargo, se conservaron como reliquias históricas. Por lo general, en los ingenios había dos campanarios públicos: uno grande colocado entre la casa de calderas y el barracón, y otro más pequeño a la entrada del área de purga.

El auténtico instrumento metálico del «Santa María» está protegido como vestigio histórico. ¡Qué suerte! La campana la atesoran en un área anexa al «Ifraín Alfonso», única fábrica de azúcar activa en el municipio de Ranchuelo.

El inmenso campanario fue encargado a la fundición Mennelys West Troy, un establecimiento de Nueva York especializado desde 1826 en construir esos aparatos de sonidos manuales. En relieve tiene incrustado «Santa María», en la parte superior, y más abajo registra la rúbrica «Eduardo E. Abrew», 1862.

Algunos estudiosos locales alegan que el campanario salió del crisol de Mac Farlane, en Filadelfia. La fuente auténtica hay que buscarla en Nueva York. Esos fueron los verdaderos cocedores de una combinación en bronce que en algún momento estuvo en la atalaya próxima al ingenio de Ranchuelo.

Tal como no ocurrió en otras fábricas de su tipo, el campanario permanece allí, en el recuerdo del látigo que cercenó la piel de los esclavos o extrajo en el pasado el sudor de los obreros asalariados.

POR UNA ¡FORTUNA! DIFERENTE

Guillermo Pérez Alonso, arquitecto del Centro de Patrimonio Cultural en Villa Clara, visitó el batey del «Ifraín Alfonso», y precisó acciones inmediatas para el estudio estructural de la antigua casona-vivienda de los Cacicedo y Fernández, reliquia ecléctica de la arquitectura doméstica. Allí, de aprobarse un estudio de reconstrucción del inmueble, se prevé ubicar el laboratorio de la industria, según dijo Eduardo Casanova Pérez, director de la entidad.

Pero, ¿por qué esperaron tanto tiempo en ofrecer un valor de uso a la instalación y «atajar» a los ladrones? «Ahora contamos con el financiamiento», manifestó el funcionario. Sin embargo, de quitarle el portal corrido, como se pretende allí, la casona perdería parte de su inigualable majestuosidad. En franco derribo de algunos de los techos, no hay saneamientos; tampoco, apuntalamiento ni eliminación de la vegetación parásita. Sorpresa tiene el visitante cuando aprecia las cercas perimetrales, algunas deterioradas y convertido el césped en camino vecinal.

Las cuatro rejas de la casona informan: ¡1901!, fecha de edificación de la vivienda. Una lateral quedó cercenada por la mitad.

Recientemente le fundieron un muro de hormigón. ¡Qué horror!..., mientras tanto todo anuncia el rumbo hacia una fortuna diferente en una casa que, como la piedra o el papel, también tiene su tradición. Un coto diferente, no cabe otra explicación, habrá que imponer a quienes dismantelan y usurpan —a costa de la conservación del patrimonio— la cultura de una antigua mansión representativa de ese caudal de historias que se fundó con el ingenio azucarero cubano.



Marcos de puertas, maderas preciosas y pisos destruidos. Fueron fuentes de enriquecimiento ilícito de quienes lucran con el patrimonio cultural. (Foto: Manuel de Feria).